

de una forma: novela y democracia» (pp. 175-218) y se concentra en valorar las «Nuevas fricciones entre historia y novela» (pp. 219-262). Como el propio autor reconoce, parte de los contenidos de este volumen arrancan de colaboraciones en la prensa y en revistas especializadas. Pero con ser ello verdad no es menos cierto que, paradójicamente, se trata de un libro compacto por misceláneo: las únicas páginas que a mi juicio desmienten esta valoración serían el, por otra parte útil, apéndice bibliográfico de prosa autobiográfica (pp. 167-173) y el demorado análisis de *Soldados de Salamina* de Javier Cercas, en el último capítulo. Los logros responden a la ambición del empeño, por

más que en ocasiones parezca que Gracia sucumba a su feliz ingenio verbal. Especialmente notable, en este sentido, sería el capítulo consagrado a la crítica como «institución» (p. 103), pues nos encontramos ante una autoevaluación complacida y sangrante.

En definitiva, se trata de dos libros que aportan una mirada sabia y honesta, originales por, en ocasiones, provocativamente subjetivos, férreos en la argumentación y dúctiles en sus recovecos. Dos volúmenes de los que se aprende para empezar o para regresar a ellos a modo de crisol y acicate.

Rafael M. Mérida Jiménez

El fondo de la maleta

Alejandro Casona (1903-1965)

Con cierta parsimonia pero también con regularidad, se reponen algunos títulos del teatro de Casona. Siempre fue un mimado de los públicos. En los años de la República, con *La sirena varada* y *Nuestra Natacha* (filmada en España y en la Argentina) y, luego, en el exilio al cual lo obligó su actuación en las Misiones Pedagógicas. Estrenó en México, Venezuela y, especialmente, en la Argentina, donde impuso una suerte de *Casona time* durante las décadas de los cuarenta y los cincuenta: teatro, cine, televisión y radio acogieron sus comedias y libretos. Llegó a escribir hasta un texto de ópera, *Don Rodrigo*, con música de Alberto Ginastera en su primera incursión dentro del teatro lírico.

En 1962 Casona volvió a España y dio a conocer su repertorio prohibido. Las plateas volvieron a aplaudirlo y cierta crítica marcó su desazón, propia de tantos momentos de la posguerra: ¿por qué prohibir como rojo peligroso a este hombre de teatro tan suave y conciliador, capaz de alinearse con la dramaturgia española del momento?

El tiempo ha limado asperezas y puesto un poco de orden en el juicio crítico. El teatro de Casona se sostiene por su buena carpintería, su habilidad para el diálogo, la prudencia en

la motivación para desarrollar situaciones y cierto cuidado poético en la elocución, no exenta de manierismos y cursilerías. Lo lastran su tendencia a neutralizar conflictos y una dosis de didactismo y conclusiones edificantes. Entre sus contemporáneos hay escritores de mayor alcance lírico, como Lorca, o mayor riesgo estético y técnico, como Jardiel Poncela, pero Casona no empalidece ante las comparaciones.

Tal vez su obra más conseguida sea una fábula popular asturiana, *La dama del alba*, estrenada en Buenos Aires por Margarita Xirgu, quien lo había presentado en sociedad, en el Madrid de 1934, con *La sirena varada*. El mundo de Casona va de la una a la otra: la ilusión que hace posible la vida en medio del horror del mundo, es como una sirena varada, un fabuloso animal marino abandonado en la tierra firme de la historia. La «dama del alba» es la muerte a la cual distraen de su tremendo cometido unos niños, con sus cantos y juegos. El arte, para Casona, fue como tales entretenimientos que postergan la muerte, la peregrina que se mete en todas las casas, previsible y siempre a destiempo. Este birlibirloque ante la muerte permite sobrevivir a ciertas obras, que siguen acompañando la vida de todos y de ninguno.

Colaboradores

- JORDI AMAT: Crítico literario español (Barcelona).
JUAN GUSTAVO COBO BORDA: Escritor colombiano (Bogotá).
MANUEL CORRADA: Periodista español (Santiago de Chile).
RICARDO DESSAU: Periodista y crítico argentino (Cáceres).
JORDI DOCE: Escritor español (Madrid).
LEA FLETCHER: Crítica literaria argentina (Tejas).
LUCÍA GÁLVEZ: Escritora argentina (Buenos Aires).
GUSTAVO GUERRERO: Escritor venezolano (París).
ERNESTO HERNÁNDEZ BUSTO: Escritor cubano (Barcelona).
GABRIEL INSAUSTI: Crítico literario español (San Sebastián).
LIDIA F. LEWKOWICZ: Crítica literaria argentina (La Plata).
MARÍA ROSA LOJO: Escritora argentina (Castelar, Argentina).
ENRIQUE MARTÍNEZ MIURA: Crítico musical español (Madrid).
RAFAEL MÉRIDA JIMÉNEZ: Crítico literario español (Barcelona).
MARÍA GABRIELA MIZRAJE: Crítica literaria argentina (Buenos Aires).
JAIME PRIEDE: Crítico literario español (Gijón).
LILY SOSA DE NEWTON: Escritora argentina (Buenos Aires).
GUSTAVO VALLE: Escritor venezolano (Caracas).

